

ARIEL PUYELLI

La maldición del cheque



 Estrada


Azulejos

Ariel Puyelli

La maldición del cheque



Azulejos



Estrada

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani
Editora de la colección: Pilar Muñoz Lascano
Correctora: Vanesa Kandel
Coordinadora de Arte: Valeria Bisutti
Diagramación: Laura Porta y Patricia I. Cabezas
Ilustración de tapa: Mónica Pironio
Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

EL AUTOR
Y LA OBRA

Puyelli, Ariel
La maldición del cheque / Ariel Puyelli ; con colaboración de Analía Elvira Pizzi ; ilustrado por Mónica Pironio. - 3a ed. 2a reimp.- Boulogne : Estrada, 2015.
128 p. : il. ; 19x14 cm. - (Azulejos. Roja; 42)

ISBN 978-950-01-1631-2

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Pizzi, Analía Elvira, colab. II. Mónica Pironio, ilus. III. Título
CDD A863

 **Colección Azulejos - Serie Roja** **42**

© Editorial Estrada S. A., 2014.

Editorial Estrada S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1631-2

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

BIO-
GRAFÍA



Ariel Antonio Puyelli nació en San Andrés de Giles, provincia de Buenos Aires, el 23 de julio de 1963. Actualmente reside en Esquel, Chubut, en la Patagonia argentina, donde edita mensualmente el periódico literario gratuito *Palabras del alma, encuentro con la poesía y el cuento*, y el periódico gratuito para chicos de los niveles I y II de la E.G.B., *A la luna, a las dos*

y a las tres. Dicta charlas y talleres en escuelas primarias y ejerce la docencia en el nivel Polimodal.

Desde 1984 hasta 1999 ejerció el periodismo escrito y radial, y editó, además, numerosas publicaciones independientes e institucionales; y desde 1995 se dedica a la literatura infantil, juvenil y de adultos.

Coordina talleres literarios para niños y adolescentes, principalmente en escuelas de los distintos niveles.

Es uno de los coordinadores del Grupo de Amigos del Libro Patagónico, una asociación espontánea, sin fines de lucro, de personas interesadas en la edición y la difusión de materiales literarios y educativos.

Sus libros son utilizados en escuelas de E.G.B. y Polimodal en las áreas de Ciencias Sociales, Ciencias Naturales y Educación Plástica.

Algunas de sus obras son: *El sueño del sabio* (relato de fantasía), *Rita, la araña con peluca y otros cuentos* (cuentos para niños), *Góos y Kóokne* (recreación de leyendas tehuelches), *Las alas de Oliverio* (novela de aventuras), *La verdadera historia del ratón Pérez, biografía no autorizada* y *Atrapan al ratón Pérez* (relatos con testimonios, opiniones y anécdotas de los chicos), *Oliverio y la profecía* (novela de aventuras), *El cultrún de plata* y *La flor de hielo* (novelas de aventuras, continuación de *La maldición del chenque*).

La obra

En las numerosas charlas que mantengo con las chicas y los chicos en las escuelas, aprendo cosas muy importantes. Además de permitirme disfrutar momentos inolvidables, esos diálogos me enseñan y me informan.

A todos les pregunto acerca de sus preferencias literarias, y estas coinciden en los relatos de aventuras y de terror. Me hacen recordar, entonces, aquellos libros que poblaron mi niñez y mi adolescencia de fantasías, hazañas y miedos compartidos con los héroes de obras clásicas como *El Príncipe Valiente*, *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Sandokán*, entre otros.

“¿Por qué no enfrento el desafío de escribir una historia de aventuras?”, me pregunté hace muchos años, esperanzado en captar el interés de lectores tan exigentes como los niños y los jóvenes. “¿Y por qué no partir de una leyenda de un pueblo indígena de nuestro país?”.

Entre 1998 y 1999, tuve la suerte de vivir en uno de los lugares más bellos de la República Argentina: la Patagonia, la zona de San Martín y Junín de los Andes. Y hoy resido en Esquel, provincia del Chubut. En estos lugares se respira el aire puro de la cordillera y la presencia de los seres fantásticos que conforman las creencias del pueblo mapuche. Quienes se compenentran con el paisaje, con su gente, con sus costumbres y sus tradiciones, difícilmente puedan olvidar los momentos de magia que se experimentan en contacto con la naturaleza: las montañas, los lagos, los bosques...

En esta región argentina, tan rica en paisajes naturales y humanos, conocí las primeras leyendas mapuches y tehuelches. Todas ellas están impregnadas de mucha fantasía; y, como es natural en este tipo de relatos, la lucha entre el bien y el mal se hace presente bajo la apariencia de seres extraordinarios.

Cuando uno reconoce el valor mítico o legendario de cada montaña, río, lago o flor del lugar, ese objeto se vuelve mágico. Esa montaña ya no será la misma que antes: a partir de ahora nos contará una historia y nos mostrará rostros fantásticos, hechos excepcionales, situaciones extraordinarias.

La maldición del chenque pretende acercar a los lectores una pequeña parte del universo mitológico mapuche, en una historia de aventuras protagonizada por tres jóvenes inquietos, curiosos y con espíritu investigador, que buscan que la familia de uno de ellos quede liberada de una maldición generada a partir de la conducta errónea de un antepasado.

Las aventuras de Nahuel, Melisa y Maxi comienzan en un lugar distante del que dominaron los antiguos mapuches: Entre Ríos. Y se desarrollarán en un mundo paralelo al nuestro, en el que las fuerzas del bien y del mal se disputan sus territorios y luchan por sus intereses. Ambas fuerzas están representadas por diversos personajes y sus elementos. Pero los chicos no estarán solos en ese viaje fantástico que deberán emprender para evitar el cumplimiento de una terrible maldición.

No tengo datos acerca de si, alguna vez, la maldición de la que habla la leyenda original se ha cumplido; pero sé de advertencias y apercibimientos que recibieron algunos curiosos o irrespetuosos que metieron sus narices donde no debían.

El hecho más llamativo, en relación con esto, es lo que ocurre en Comodoro Rivadavia con el cerro Chenque, ubicado junto a esa ciudad chubutense. Se cuenta que en su cumbre se encontraban chenques, o enterratorios aborígenes, y que, al ser profanados por el hombre blanco, pusieron en marcha la venganza de los espíritus. A partir de ese momento, el cerro comenzó a desmoronarse en su ladera frente al mar. “Se lo está comiendo el agua”, dicen algunos. “El chenque se está desplazando al océano”, afirman otros. Lo concreto es que son innumerables los problemas que este hecho ocasiona a la población y no son pocos los que lo atribuyen a la maldición.

El sentido último de este relato es estimular el respeto por los elementos sagrados de las diferentes culturas y por las culturas mismas. A partir de ese respeto y del conocimiento de sus componentes básicos, podremos llevar a cabo una de las acciones más bellas que pueden darse entre los seres humanos: el compartir para crecer juntos.



Ariel Puyelli

La maldición del cheque

1|Nos mudamos a Los Angelitos

Dicen los paisanos que el que cava y saca esqueletos y cosas de un chenque, que es el cementerio de los indios antiguos, tendrá un castigo de cien años para él y para su familia. Dicen que ahí están sus antiguos parientes y que ellos los maldicen. Dicen que todos los que han sacado flechas, huesos y cacharros se han muerto pronto o han quedado malditos. Y dicen que conocen a muchas personas que han muerto por eso.

Los paisanos tienen miedo de pasar cerca de los chenques en la noche y los miran con respeto supersticioso. Los chenques son como tesoros enterrados.

Narrado por José Autalán, Comodoro Rivadavia (Chubut), 1952.
Recopilado por Berta E. Vidal de Battini, 1984.

La casa era muy vieja, como de cien años. Había sido siempre la vivienda del jefe de la estación, pero el tren no pasaba desde hacía muchísimo tiempo.

En el pueblito al que nos habíamos mudado quedaban ocupadas solo unas pocas casas alrededor de la estación. El pasto cubría por completo las vías; aunque, si uno se fijaba bien, allí estaban ellas contando historias de ilusiones y progreso. Cuando el tren dejó de pasar por el lugar, mucha gente se fue en busca de trabajo a otros sitios.

La primera vez que estuve en Los Angelitos me pareció un pueblo fantasma sacado de una película. Era un atardecer muy ventoso y nublado. No andaba nadie por la calle y las viviendas tenían un aspecto tenebroso. Los faroles de las esquinas se balanceaban produciendo un chillido espeluznante. Desde el interior del auto, yo rogaba que la empresa no le diera ese lugar como destino a mi papá. Él es ingeniero y trabaja en una firma importante, que es dueña de muchas cosas; entre ellas, de la línea de ferrocarril, que planeaban reabrir para transportar cereales.

Al final, tuvimos que instalarnos. Mi mamá siempre se da cuenta cuando me pasa algo. Por eso, en el viaje, mientras nos mudábamos, me dijo:

—Vas a ver que Los Angelitos te va a gustar, Nahuel. La escuela es chiquita, pero las maestras son amorosas y tus compañeros te van a recibir muy bien. Además, vas a tener una habitación muy grande, para vos solo, y allí podrás recibir a tus nuevos amigos de séptimo grado. Va a estar todo bien...

Sí, iba a estar todo bien, pero para mi mamá. Yo no sabía si el pueblo me iba a gustar, si las maestras iban a ser “cancheras” y si mis compañeros no me iban a tratar como a un marciano, por llegar de una ciudad grande. Por lo pronto, tenía por delante las vacaciones de verano, para ir relacionándome con los chicos del pueblo. Lo de la habitación me atraía mucho, debo confesarlo, porque la que dejaba en la otra casa era muy chiquita y un poco húmeda. En la nueva, iba a poder acondicionar un rincón para Tacaño, mi perro. Papá siempre se había opuesto a tener animales dentro de la casa, por razones de higiene y esas cosas, pero yo sabía que lo convencería.

Contrariamente a lo que yo creía, papá no se resistió demasiado cuando le pregunté si me daba permiso para que Tacaño durmiera en mi habitación.

—Solamente si vos te encargás de limpiar el cuarto y de que el perro no tenga pulgas. No queremos llenar la casa con esos bichos, ¿no es cierto? —me preguntó.

—No, claro. Quedate tranquilo —le respondí yo, pensando que es prácticamente imposible que un perro no tenga pulgas. Miré a Tacaño y le guiñé un ojo, al mismo tiempo que le decía en voz baja—: Vamos a hacer un trato: te dejo estar en mi habitación si vos no te subís a mi cama y vigilás tus pulgas. ¿De acuerdo?

Tacaño movió la cola y me dio la pata. Es un perro muy inteligente, y tiene otra cualidad muy importante: su olfato es el mejor del mundo.